

Reflexiones acerca de la enseñanza como especificidad de la institución escolar . Mirta Torres¹

(Selección de fragmentos)

Asistencia-inasistencia

Los años de crisis socioeconómica afectaron también los tiempos escolares dedicados a la enseñanza a través del efecto que produjeron en las familias. Cuando digo *familias* pienso en un grupo de conformaciones múltiples, que vio nacer al niño, lo cuidó y alimentó. Ese grupo – en el caso de las escuelas que atienden a los niños pobres- acumula algunas veces al menos dos o tres generaciones de adultos que solo desarrollan tareas informales. El trabajo de los adultos es ordenador, instala rutinas y organizaciones familiares. “*Comemos temprano porque papá tiene que ir a trabajar*”. “*Terminás de hacer las tareas antes de que mamá, papá, el abuelo... vuelvan de trabajar*”. Esta marca indeleble que la mayoría de nosotros –los que hemos sido escolarizados con éxito- llevamos puesta, no está instalada en las poblaciones que atienden muchas de nuestras escuelas. Para muchos chicos el lunes es igual que el domingo. Entonces, ese encuentro del niño con el maestro en la escuela, que ya está afectado por los tiempos y los espacios de la alimentación, adquiere una cierta condición de *casual*. Es difícil fijar un horario y lograr la continuidad de la asistencia en familias donde no se ha instalado la rutina del trabajo. Pero además -y lo digo desde adentro y con dolor- el día en que el niño va a la escuela, algún suceso hace que la escuela de los chicos pobres esté cerrada, que el maestro esté ausente o que la tarea de enseñar y aprender quede desplazada por algún otro evento. Diversas situaciones que algunas veces se dan en la institución, entonces, también contribuyen en parte a la pérdida de las rutinas que permiten que el aprendizaje tenga lugar: la rutina del encuentro sistemático de los niños con el maestro en el ámbito de la escuela, de lunes a viernes, de marzo a diciembre. Esta sistematicidad del encuentro y de la situación de enseñanza está alterada por la dificultad de las familias y *de la escuela* de sostener rutinas organizadoras.

Las rutinas son pequeñas acciones que se sostienen y reiteran en el tiempo. Sabemos que algunas situaciones rutinarias carecen de sentido; otras, en cambio, contribuyen a dar a los

¹ Torres, M. (en prensa) *Reflexiones acerca de la enseñanza como especificidad de la institución escolar*, Ministerio de Educación de la Nación. CABA

chicos un punto de apoyo, una mínima instancia de continuidad en medio de trayectorias vitales a menudo signadas por las interrupciones.

Veamos algunas de esas rutinas escolares, nada originales... El maestro pasa lista, lo hace en voz alta, nombrando a cada niño y compartiendo con toda la clase su interés explícito por los ausentes: “¿Faltó Gonzalo? Ya faltó el lunes, ¿alguien vive cerca de la casa de Gonzalo?, ¿quién puede averiguar si está enfermo?, ¿quién le puede alcanzar la tarea?” La rutina de pasar lista da presencia a los que no han venido, los hace visibles para sus compañeros y contribuye a borrar el anonimato y a desnaturalizar la inasistencia, a generar interés por el compañero, vínculos extraescolares y valorización de la actividad que se desarrolla en el aula.

Otras pequeñas rutinas, a veces mínimas, colaboran también con el propósito escolar de desanonimizar y hacer visibles a todos los niños, los que han venido y los que han faltado: llamarlos por su nombre, saludarlos al entrar y al salir, dirigirles alguna pregunta personal, acercarse... El acercamiento a los niños es un gesto constante de los maestros pero intentamos caracterizarlo no ya como una actitud puramente personal –que lo es- sino como una actitud profesional, orientada por propósitos conscientes, planificada y sostenida. Solamente cuando se *ejerce* el interés por los ausentes, se indaga por ellos, cuando se instala el saludo como parte de una práctica profesional, como una intervención docente..., estas intervenciones se generalizan, se diferencian de la simpatía personal o de la natural retribución a la actitud de muchos niños que por sí mismos instalan el acercamiento, para transformarse en una intervención profesional *con todos*, con los simpáticos y comunicativos y con los otros, los que se aíslan o los que dan trabajo. Este tipo de intervención profesional de los docentes y los equipos directivos responde a un propósito escolar: *enseñar la asistencia* valorándola y tematizándola, hacer circular modos de establecer relaciones personales -como lo son tener en cuenta que algunos compañeros no han venido, saludar y reconocerse por el nombre-; a través del gesto y la palabra de reconocimiento se da valor al haber venido, una acción que a menudo es resultado de la voluntad propia y solitaria de algunos niños (¡es tan fácil ir a la escuela cuando un adulto despierta al niño, lo acompaña y lo despide!) El propio nombre en la voz del maestro que advierte *públicamente* la presencia de un niño –o su ausencia-, a quien saluda al recibirlo y al despedirlo, hace de cada niño un niño único y lo saca del anonimato. Cuando se es anónimo –y estas familias han pasado *anonimizadas* las etapas de la crisis social- da lo mismo venir o estar ausente.

En grados de alrededor de treinta niños, en las escuelas donde se atiende a poblaciones pobres, muchas veces se registran entre 7 y 10 inasistencias diarias; las inasistencias son

generalmente salteadas y rotativas: unos días, los ausentes son unos niños y otros días son otros. En ese contexto inestable, el docente tiene una percepción más bien global de los que “faltan mucho” y un registro mensual puramente estadístico de la cantidad de días que ha faltado cada uno. Sin embargo, el control del docente sobre las inasistencias solo tiene incidencia en la tarea escolar cuando está íntimamente vinculado con el tiempo real dedicado a la enseñanza, con el sostenimiento y la continuidad de la enseñanza: *¿qué niños estaban ausentes el día en que el maestro inició una secuencia de enseñanza en la que desarrolla contenidos esenciales para el grado?, ¿a quiénes será necesario convocar en un cierto momento de la jornada escolar para enseñarles el tema que se perdieron, en esta variabilidad de la asistencia?, a partir de la discontinuidad de la asistencia, ¿quiénes son los niños que no han tenido oportunidad de instalarse en el seguimiento de un contenido o en la continuidad sostenida del ejercicio de una práctica como lo son la lectura y la escritura?, ¿en qué medida el registro de los ausentes está efectivamente atado a la continuidad de la enseñanza?*

La rutina de llevar a los niños a la escuela en algunos casos ha dejado de ser un acontecimiento natural para las familias. Es por eso que el maestro necesita hacerse cargo de la asistencia, responsabilizarse de ella no porque pueda asegurar que todos los niños asistan siempre sino porque sabe y hace saber que es importante estar: el maestro *enseña a estar presente*. Trae al aula e incorpora al trabajo incluso a quienes no han venido: envía la tarea, convoca en un aparte al grupito que necesita recuperar lo que ha perdido, prestigia el trabajo escolar, lo pone en valor y hace sentir a todos cuánto se ha perdido el que no estuvo en clase.

La asistencia sostenida de los niños ha dejado de ser simplemente una condición para que la enseñanza tenga lugar; es un contenido de la enseñanza. Y por lo tanto, es una meta, un punto de llegada, y jamás una condición de repitencia o promoción aunque así lo señalen ciertas normativas escolares posiblemente desactualizadas: se evalúa lo que se enseña y es imprescindible enseñar la asistencia cotidiana, en primer lugar, con el ejemplo y también con intervenciones profesionales que expliquen el sentido de la asistencia a través de la intervención misma y no a través del discurso o el reclamo: *“Quédense un momentito en el recreo, por favor; necesito explicarles un tema que trabajamos ayer”, “Les hice una copia de los problemas que los chicos hicieron ayer; léanlos en este ratito y fíjense si los entienden para hacerlos en casa”, “Les presto estos libros para que puedan leer en casa el tema que empezamos a trabajar ayer”*-. La asistencia no tiene valor en sí misma; la escuela enseña a los chicos a valorarla en relación *íntima* con la pérdida de lo trabajado en su ausencia, de lo enseñado, de la participación, de los contenidos...